

MAX HEINDEL



CONCEPTO
ROSACRUZ
DEL COSMOS

MAX HEINDEL

CONCEPTO ROSACRUZ DEL COSMOS

TRATADO ELEMENTAL SOBRE LA EVOLUCIÓN PASADA
DEL HOMBRE, SU CONSTITUCIÓN ACTUAL
Y SU FUTURO DESARROLLO

CONOCIMIENTO ANCESTRAL

ÍNDICE

CRISTO.....	7
UNA PALABRA AL SABIO	9
INTRODUCCIÓN	15

PRIMERA PARTE
CONSTITUCIÓN ACTUAL DEL HOMBRE
Y MÉTODO DE SU DESARROLLO

CAPÍTULO I	
LOS MUNDOS VISIBLES E INVISIBLES	23
CAPÍTULO II	
LOS CUATRO REINOS	49
CAPÍTULO III	
EL HOMBRE Y EL MÉTODO DE EVOLUCIÓN	77
CAPÍTULO IV	
RENACIMIENTO Y LEY DE CONSECUENCIA	127

SEGUNDA PARTE
COSMOGÉNESIS Y ANTROPOGÉNESIS

CAPÍTULO V	
LA RELACIÓN DEL HOMBRE CON DIOS	151
CAPÍTULO VI	
ESQUEMA DE LA EVOLUCIÓN	157
CAPÍTULO VII	
EL CAMINO DE LA EVOLUCIÓN.....	165

CAPÍTULO VIII	
LA OBRA DE LA EVOLUCIÓN	171
CAPÍTULO IX	
REZAGADOS Y PRINCIPIANTES.....	189
CAPÍTULO X	
EL PERÍODO TERRESTRE	197
CAPÍTULO XI	
GÉNESIS Y EVOLUCIÓN DE NUESTRO SISTEMA SOLAR	208
CAPÍTULO XII	
EVOLUCIÓN DE LA TIERRA.....	220
CAPÍTULO XIII	
HACIA LA BIBLIA	258
CAPÍTULO XIV	
ANÁLISIS OCULTO DEL GÉNESIS.....	265

TERCERA PARTE
FUTURO DESARROLLO E INICIACIÓN DEL HOMBRE

CAPÍTULO XV	
CRISTO Y SU MISIÓN.....	305
CAPÍTULO XVI	
DESARROLLO FUTURO E INICIACIÓN	341
CAPÍTULO XVII	
MÉTODO PARA ADQUIRIR EL CONOCIMIENTO DIRECTO	358
CAPÍTULO XVIII	
CONSTITUCIÓN DE LA TIERRA Y ERUPCIONES VOLCÁNICAS....	415
CAPÍTULO XIX	
CRISTIAN ROSENKREUZ Y LA ORDEN DE LOS ROSACRUCES	428
EL SIMBOLISMO DE LA ROSA CRUZ	444
ÍNDICE DE FIGURAS.....	449

INTRODUCCIÓN

El mundo occidental forma, indudablemente, la vanguardia de la raza humana, y, por razones que se indicarán más adelante, los rosacruces sostienen que ni el judaísmo ni el «cristianismo popular», sino el verdadero cristianismo esotérico, será la religión del mundo.

Buda, grande y sublime, podrá haber sido la «luz del Asia», pero puede afirmarse que Cristo será la «luz del mundo». Así como la luz del sol desvanece la de las más brillantes estrellas y borra todo vestigio de oscuridad iluminando y vivificando a todos los seres, así también en un futuro no muy lejano, la verdadera religión de Cristo sobrepasará y anulará todas las otras religiones para eterno beneficio de la humanidad.

En nuestra civilización, el abismo que se interpone entre la mente y el corazón se hace más grande cada día, y, mientras la mente vuela de un descubrimiento a otro en los dominios de la ciencia, el vacío se hace más grande y oscuro, y el corazón se ve dejado atrás cada vez más. La mente pide a gritos y se satisface solamente con explicaciones materialmente demostrables acerca del hombre y de los demás seres que forman el mundo fenomenal.

El corazón siente instintivamente que hay algo más grande y aspira hacia aquello que considera una verdad de orden tan elevado, que la mente sola no puede alcanzar. El alma humana desearía remontarse sobre las etéreas alas de la intuición, desearía bañarse en la fuente de la luz y el amor espirituales, pero los puntos de vista científicos modernos han cortado sus alas y permanece encadenada y silenciosa, y las aspiraciones insatisfechas la devoran como el buitre a Prometeo.

¿Es esto necesario? ¿No habrá algún terreno común en el cual puedan encontrarse la cabeza y el corazón, ayudándose uno al otro, haciéndose así más efectivos mutuamente en su investigación por la verdad universal, satisfaciéndose ambos por igual?

Tan seguramente como que la luz preexistente creó el ojo que pudiera verla; tan seguramente como que el deseo primordial de crecimiento creó el sistema digestivo y asimilativo para la realización de aquel fin; tan seguramente como que el pensamiento existió antes que el cerebro, y lo construyó y está aún construyéndolo para su expresión; tan seguramente como que la mente está ahora tratando de arrancar sus secretos a la Naturaleza por la sola fuerza de su audacia, así también el corazón encontrará un medio de gratificar sus anhelos y satisfacer sus aspiraciones. Actualmente, se encuentra encadenado por el cerebro dominador. Mas algún día adquirirá la fuerza necesaria para destrozarse sus grilletes y se convertirá en un poder aún mayor que la mente.

Es igualmente cierto que no puede haber contradicciones en la Naturaleza, y, por lo tanto, el corazón y la mente pueden unirse. Indicar el medio de unirlos es precisamente nuestro objeto: enseñar cómo y dónde puede penetrar la mente ayudada por la intuición del corazón en los misterios del ser, mucho más profundamente que lo que hubiera podido penetrar sola; mostrar cómo el corazón unido a la mente puede ser resguardado contra el error; cómo cada poder puede tener plena libertad de acción sin ejercer el uno violencia sobre el otro y satisfaciendo ambos sus aspiraciones.

Únicamente cuando se alcanza y perfecciona esta cooperación se puede llegar al conocimiento más elevado y verdadero de sí mismo y del mundo del que forma parte. Este conocimiento solo puede proporcionarlo una mente amplia y un corazón grande.

Cada cosa o ser que nace parece ser una vida nueva que viene a existir entre nosotros. Vemos cómo crece y vive la pequeña forma, convirtiéndose paulatinamente en un factor de nuestras vidas durante días, meses y años. Por último, llega un momento en el que la forma decae, muere y se disgrega. La vida que vino, ignorando nosotros de dónde, ha pasado al invisible más allá y con tristeza nos preguntamos: ¿de dónde vino?, ¿por qué estuvo aquí?, ¿a dónde fue?

La forma esquelética de la muerte arroja su sombra horrenda sobre todos los umbrales. Viejos o jóvenes, sanos o enfermos, ricos o pobres, todos

debemos pasar a través de esa sombra, y en todas las edades se ha escuchado el agonizante grito, la angustiada pregunta sobre la solución del secreto de la vida, esto es, el secreto de la muerte.

Respecto a la gran mayoría de la humanidad, las tres grandes preguntas: ¿de dónde venimos?, ¿por qué estamos aquí? y ¿a dónde vamos?, permanecen incontestadas. Y, desgraciadamente, se ha hecho ya una opinión, aceptada por la mayoría, de que nada podemos conocer definitivamente acerca de estos asuntos tan oscuros y que tanto interesan a la humanidad. Nada más erróneo que semejante idea. Todos y cada uno, sin excepción, pueden capacitarse para obtener informaciones directas y definidas sobre el asunto; todos pueden investigar el estado del espíritu humano antes del nacimiento y después de la muerte. No hay favoritismos ni se requieren dotes especiales. Todos tenemos la facultad inherente de conocer todo eso; pero... sí, hay un «pero», y un «pero» notable. Esa facultad está en todos, y bien latente en la mayoría. Para despertarla se necesita un esfuerzo persistente, y esto parece algo así como un poderoso «disuasivo», si se nos permite la palabra. Si su despertar pudiera conseguirse por dinero, aun cuando el precio fuera muy elevado, muchos lo pagarían sin vacilar para conseguir semejante ventaja sobre sus semejantes; pero son muy pocos, ciertamente, los que se prestan a vivir la vida que se necesita vivir para despertar aquella facultad. Este despertar se produce únicamente mediante un esfuerzo paciente y perseverante. No puede comprarse; no hay caminos fáciles para llegar a ese despertar.

Todos convenimos en que para llegar a tocar bien el piano es necesaria la práctica, y en que sería inútil pensar en ser relojeros si antes no nos sometiéramos al aprendizaje. Pero cuando se trata del alma, de la muerte, del más allá, de las grandes causas, del ser o de cuestiones análogas, muchos creen saber tanto sobre ello como cualquier otro, y creen también tener el mismo derecho para emitir una opinión, aun cuando no hayan dedicado a esas cuestiones ni una hora de estudio.

Es evidente que nadie puede dictaminar seriamente sobre un asunto si no está versado en él. En los casos legales, cuando se necesitan peritos para dictaminar sobre cualquier materia en litigio, se examina en primer lugar su competencia. Su testimonio no valdría nada si no prueban su proficiencia y sus conocimientos sobre el asunto objeto de peritaje. Si se encuentran en las condiciones requeridas, mediante el estudio y la práctica, para emitir un

dictamen experto, este será recibido con toda deferencia y respeto; y si el testimonio de un perito es corroborado por el de otros igualmente idóneos, el valor y la veracidad de lo afirmado por el primero aumenta inmensamente.

El testimonio irrefutable de tal experto vale muchísimo más que el de una docena o el de un millón de hombres que no saben de lo que están hablando, porque nada, aún multiplicado por un millón, sigue siendo siempre nada. Esto es tan cierto matemáticamente como en cualquier otro asunto.

Como ya hemos dicho, reconoceremos estos hechos con toda facilidad en los asuntos de la vida material, pero cuando se discute sobre las cosas que están más allá de los sentidos o sobre los mundos suprafísicos, cuando hay que probar las relaciones entre Dios y el hombre y los misterios más íntimos de la chispa inmortal de la divinidad que encierra el alma, entonces todos piden que se escuchen sus opiniones, que se preste toda consideración a sus ideas sobre las cosas espirituales y se les conceda igual valor que a las emitidas por el sabio que, mediante una vida de paciencia y laboriosa investigación, ha adquirido sabiduría en esas cosas elevadas.

Y aún más. Muchos no se contentarán solamente con pedir igual valor para sus propias opiniones, sino que se mofarán y burlarán de las palabras del sabio, tratando de impugnar su testimonio como fraude, y, con la suprema confianza de la más profunda ignorancia, aseverarán que como ellos no saben nada sobre la materia, es imposible que cualquier otro pueda saber algo.

El hombre que comprende su ignorancia ha dado el primer paso hacia el conocimiento.

El sendero hacia el conocimiento directo no es fácil. Nada realmente valioso se obtiene sin esfuerzo. Nunca se repetirá demasiado que no existen cosas tales como «dones» o suerte. Todo lo que uno tiene es el resultado del esfuerzo. Lo que a uno le falta en comparación con el otro está latente en sí mismo y puede desarrollarse empleando los medios apropiados.

Si aquel que ha comprendido bien este concepto preguntara qué es lo que debe hacer para obtener el conocimiento directo, el siguiente relato le dará la idea fundamental del ocultismo.

Un joven fue a ver a un sabio cierto día y le preguntó: «Señor, ¿qué debo hacer para convertirme en un sabio?». El sabio no contestó. El joven, después de haber repetido su pregunta un par de veces, lo dejó y volvió al siguiente día con la misma demanda. No obtuvo tampoco respuesta

alguna, y volvió por tercera vez y repitió su pregunta: «Señor, ¿qué debo hacer para convertirme en un sabio?». Finalmente, el sabio lo atendió y se dirigió a un río que por allí corría. Entró en el agua llevando al joven de la mano. Cuando alcanzaron cierta profundidad, el sabio se apoyó en los hombros del joven y lo sumergió en el agua, a pesar de los esfuerzos de este para desasirse de él. Al fin lo dejó salir, y cuando el joven hubo recuperado el aliento, el sabio interrogó:

—Hijo mío, cuando estabas bajo el agua, ¿qué era lo que más deseabas?

Sin vacilar, contestó el joven:

—Aire, quería aire.

—¿No hubieras preferido mejor riquezas, placeres, poderes o amor? ¿No pensaste en ninguna de esas cosas?

—No, señor, deseaba aire y solo pensaba en el aire que me faltaba —Fue la inmediata respuesta.

—Entonces —dijo el sabio— para convertirte en un sabio debes desear la sabiduría con la misma intensidad con la que deseabas el aire. Debes luchar por ella y excluir todo otro fin de tu vida. Debe ser tu sola y única aspiración, día y noche. Si buscas la sabiduría con ese fervor, seguramente te convertirás en un sabio.

Este es el primer requisito fundamental que todo aspirante al conocimiento oculto debe poseer: un deseo ardiente, una sed abrasadora de conocimiento oculto; pero debe ser con un deseo intenso de ayudar a la humanidad, un olvido completo de sí mismo para trabajar por los demás. A menos de ser impulsado por tal motivo, el estudio del ocultismo es peligroso.

Si no se poseen estas cualidades, especialmente la última, en parte por lo menos, cualquier tentativa para seguir el arduo sendero del ocultismo es peligrosa. Otro requisito para poder aspirar al conocimiento directo es el estudio del ocultismo indirectamente o de segunda mano. Para la investigación directa son necesarios ciertos poderes ocultos que permiten estudiar los asuntos relacionados con los estados prenatal y *post mortem* del hombre, pero nadie se debe desesperar por adquirir tal conocimiento directo sobre esos asuntos o porque esos poderes ocultos no se los haya desarrollado todavía. Así como un hombre puede conocer el África, bien yendo allí personalmente o bien leyendo las descripciones hechas por los viajeros que han estado en ella, así también uno puede visitar los reinos

suprafísicos si es que ya está calificado para ello, o puede estudiar aquello que otros ya estudian porque ya se calificaron a sí mismos como resultado de sus investigaciones.

Cristo dijo: «La verdad os libertará», pero la verdad no se encuentra en seguida y para siempre. La verdad es eterna y su investigación debe ser eterna también. El ocultismo sabe que no se puede dar una creencia de una vez para siempre. Hay ciertas verdades básicas que permanecen siempre siendo las mismas, pero que pueden ser miradas desde muchos puntos de vista, dando cada uno su aspecto particular que complementa los anteriores; por lo tanto, en lo que por el momento se nos alcanza, no hay tal cumplimiento posible de llegar a la última verdad.

Aunque este trabajo difiera de otras obras filosóficas, estas variaciones se deben al diferente punto de vista, y respetuosamente nos inclinamos ante las conclusiones y las ideas emitidas por otros investigadores. Nuestro mayor deseo es que estos conocimientos amplíen y engrandezcan las ideas de los estudiantes, y las complementen y ensanchen.

LOS MUNDOS VISIBLES E INVISIBLES

El primer paso en ocultismo es el estudio de los mundos invisibles. Estos mundos son invisibles para la mayoría de los hombres, debido a que los sentidos sutiles y elevados por los cuales pueden percibirse están dormidos. Estos sentidos sutiles permitirán observar aquellos mundos de la misma manera que percibimos el mundo físico por medio de nuestros sentidos físicos. La mayoría de los hombres se encuentra frente a los mundos suprafísicos en parecidas condiciones a las que el que ha nacido ciego se encuentra en este mundo de los sentidos: aunque la luz y el color estén a su alrededor, es incapaz de percibirlos. Para él no existen y son incomprendibles, simplemente porque carece del sentido de la vista que le permitiría verlos. Los objetos que puede tocar le parecen reales, pero la luz y el color están más allá de su alcance.

Así sucede con la mayor parte de la humanidad. Tocan y ven objetos y oyen sonidos en el mundo físico, pero los otros reinos y planos que el clarividente llama «mundos superiores» son tan incomprendibles para la humanidad como la luz y el color lo son para los ciegos. El que el hombre ciego no pueda ver ni el color ni la luz no es argumento contra su existencia y realidad. Ni es tampoco argumento el que, porque la mayoría de los hombres no puedan ver los mundos suprafísicos, nadie pueda verlos. Si el ciego recobra su vista, verá la luz y el color. Si los sentidos superiores, de los que actualmente son ciegos para los mundos suprafísicos, se despiertan por medios correctos, le permitirán ver también los mundos que ahora están ocultos para ellos.

A la vez que muchas personas cometen el error de ser escépticas respecto a la existencia o realidad de los mundos suprasensibles, hay otras que se van al otro extremo y, habiéndose convencido de la verdad de los mundos invisibles, creen que cuando una persona es clarividente, toda verdad le es asequible en seguida; que en cuanto puede «ver», conoce inmediatamente todo cuanto se refiera a esos mundos superiores.

Es este un gran error. Muy pronto se reconocerá la falacia de tal concepto, comparándolo con los asuntos de la vida diaria. Nadie puede creer que un hombre que nació ciego y que obtuvo la vista después, adquiera, por ese solo hecho y de golpe, el conocimiento de todo el mundo físico. Aún más: sabremos ampliamente que incluso los que hemos podido ver durante toda la vida estamos muy lejos de conocer todo lo referente a este mundo físico. Años enteros de aplicación y de arduos estudios nos son necesarios aún para conocer una parte infinitesimal de las cosas que nos rodean en nuestra vida y, siguiendo el aforismo hermético —«como arriba es abajo, abajo es arriba»—, comprenderemos en seguida que lo mismo debe suceder en los mundos superiores, si bien es cierto, hay muchas más facilidades para adquirir conocimientos en los mundos suprafísicos que en nuestra condición física actual, pero no tan grande (la facilidad) como para poder eliminar la necesidad de un estudio concentrado y la posibilidad humana de equivocarse en sus observaciones. En realidad, el testimonio sincero y calificado de los observadores ocultistas prueba que allí debe prestarse mucho más cuidado a la observación de la que se presta aquí.

Los clarividentes deben ejercitarse antes de que su observación tenga un valor real. Cuanto más proficientes se hacen, más modestos son al manifestar lo que ven y son más deferentes para las versiones de los otros, sabiendo cuánto hay que aprender y realizar, y cuán poco puede avanzar un solo investigador de todos los incidentes y detalles de las cosas investigadas.

Esto se aplica también a las diferentes versiones que se dan, lo que la gente superficial cree que es un argumento contra la existencia de los mundos superiores. Dicen que, si esos mundos existen, los investigadores debieran dar idénticas descripciones de ellos. Si tomamos un ejemplo sacado de la vida diaria, la falacia de tal argumento se hace evidente.

Supongamos que un gran periódico envía veinte reporteros a una ciudad para que escriban sobre ella. Los reporteros son o deben ser observadores, sutiles y ejercitados. Su misión es verlo todo y deben ser capaces de

dar tan buenas descripciones de un asunto, como es justo y dable esperar. Y, sin embargo, con toda seguridad, de los veinte reporteros ni dos darán una descripción idéntica o parecida sobre el mismo asunto. Lo más probable es que todas sean diferentes. Aunque algunas de ellas puedan contener hechos sobresalientes en común, otras serán únicas en cantidad y calidad.

¿Es acaso un argumento contra la existencia de la ciudad el que esas descripciones sean diferentes? Ciertamente que no. Y se comprende fácilmente, porque cada uno ve la ciudad desde su punto de vista particular, y esas diferencias y diversidades en las descripciones, en vez de ser confusas y perjudiciales para el conjunto, puede afirmarse sin temor que la lectura de todas ellas facilitará una comprensión más amplia y mejor de la ciudad que si se leyera solamente una y se arrojaran las demás al canasto. Cada reportaje complementaría y ampliaría a los demás.

Esto es aplicable a los que investigan y observan los mundos superiores. Cada investigador tiene su manera peculiar para observar las cosas y describirlas únicamente desde su punto de vista particular. El relato que uno haga puede diferir del que hagan otros, pero todos serán igualmente verídicos desde el punto de vista del observador individual.

A veces se pregunta: ¿para qué investigar esos mundos? ¿No sería mejor estudiar uno solo a la vez y contentarnos por el momento con las lecciones que podamos aprender en el mundo físico, y si existen realmente esos mundos invisibles, esperar hasta que lleguemos a ellos sin tomarnos desde ahora el trabajo de investigarlos? ¿Para qué molestarnos?

Si supiéramos, sin duda alguna, que en un día más o menos remoto seremos transportados a un país donde debemos vivir durante muchos años bajo nuevas y extrañas condiciones, ¿no sería razonable creer que, si se nos presenta una oportunidad de saber algo sobre aquel país por adelantado, la aprovecharíamos gustosamente? Ese conocimiento nos facilitaría el poder acomodarnos a las nuevas condiciones de vida que encontraremos allí.

Hay solamente una cosa cierta en la vida, y esa cosa es la muerte. Cuando pasemos al más allá y nos encontremos frente a nuevas condiciones de existencia, el conocimiento que de estas tengamos nos será, indudablemente, de gran ayuda.

Pero no es esto todo. Para comprender el mundo físico, que es el mundo de los efectos, es necesario comprender el mundo suprafísico, que es el mundo de las causas. Podemos ver cómo corren los automóviles por las

calles y caminos; podemos escuchar el tictac de los instrumentos telegráficos, pero la fuerza misteriosa que causa esos fenómenos permanece invisible para nosotros. Decimos «es electricidad», pero el nombre no da la explicación. Nada sabemos de la fuerza en sí misma; vemos y oímos únicamente sus efectos.

Si se coloca en una atmósfera de temperatura suficientemente baja una copa llena de agua, empezarán a formarse cristales de hielo y podremos ver el proceso de su formación. Las líneas a lo largo de las cuales se cristaliza el agua fueron, durante todo el tiempo, líneas de fuerza, invisibles hasta que el agua se congeló. Los dibujos que la escarcha forma en los cristales de las ventanas son manifestaciones visibles de las corrientes de los mundos superiores que siempre están obrando sobre nosotros, y si bien son desconocidos por la mayoría, eso no hace que sean menos poderosas.

Los mundos superiores son, pues, los mundos de las causas de las fuerzas, y no podremos comprender bien este mundo inferior sin conocer los otros y sin estudiar las fuerzas y causas de las que todas las cosas materiales no son sino efectos.

En cuanto a la realidad de esos mundos superiores, comparada con la del mundo físico —y por extraño que parezca, esos mundos superiores que para la mayoría son como espejismos o, por lo menos, menos sustanciales, son, en verdad, mucho más reales—, así como los objetos que en ellos se encuentran, son mucho más permanentes e indestructibles que los objetos del mundo físico.

Si tomamos un ejemplo comprenderemos esto fácilmente. Un arquitecto no empieza a construir una casa comprando los materiales necesarios y contratando obreros para que coloquen piedras sobre piedras al azar, sin pensarlo o sin hacer un plan previo. Primero empieza a pensar en una casa de manera gradual, este pensamiento toma forma en su mente y, finalmente, adquiere una idea clara de la casa, tal como debe ser, es decir, una imagen de la casa.

Esta casa permanece, por el momento, invisible para todos, menos para el arquitecto que la concibió. La hace objetiva al dibujarla en el papel. Dibuja el plano, y por medio de esa imagen objetiva de la forma de pensamiento o ideación, los obreros construyen la casa de madera, de hierro o de piedra, siguiendo las indicaciones de la forma de pensamiento creada por el arquitecto.

De esta manera, la ideación se convierte en una realidad. El materialista afirmará que la casa construida es mucho más real, permanente y sustancial que la imagen creada en la mente del arquitecto. Pero analicemos. La casa no podría haber sido construida sin ese pensamiento. El objeto material puede ser destruido por la dinamita, por un terremoto, por el fuego, pero la forma de pensamiento subsistirá. Subsistirá tanto tiempo como viva el arquitecto y por medio de aquel pensamiento podrán construirse innumerables casas iguales a la destruida. Ni el arquitecto mismo puede destruir su pensamiento. Aún después de su muerte ese pensamiento puede ser utilizado por cualquiera que esté suficientemente desarrollado como para poder leer en la memoria de la naturaleza.

Habiendo visto pues, lo razonable de la existencia de tales mundos, que existen en torno nuestro, y habiéndonos complacido sobre su realidad, permanencia y utilidad de conocerlos, los examinaremos distinta y separadamente, empezando por el mundo físico.

REGIÓN QUÍMICA DEL MUNDO FÍSICO

En la doctrina rosacruz, el Universo se divide en siete mundos o estados de materia diferentes, de la siguiente manera:

1. El mundo de Dios
2. El mundo de los espíritus virginales
3. El mundo del espíritu divino
4. El mundo del espíritu de vida
5. El mundo del pensamiento
6. El mundo del deseo
7. El mundo físico

Esta división no es arbitraria, sino necesaria, porque la sustancia de cada uno de esos mundos está sujeta a leyes que prácticamente no obran en los otros. Por ejemplo, en el mundo físico, la materia está sujeta a la gravedad, contracción y dilatación. En el mundo del deseo no existe ni frío ni calor, y los cuerpos ascienden o descienden con toda facilidad. La distancia y el tiempo son también factores predominantes en el mundo físico, mientras que casi no existen en el mundo del deseo.

La materia en estos mundos varía además en densidad, por lo que el mundo físico es el más denso de los siete.

Cada mundo se subdivide en siete regiones o subdivisiones de la materia que lo compone. En el mundo físico, los sólidos, líquidos y gases forman las tres subdivisiones más densas; las cuatro restantes son éteres de diversa densidad. En los otros mundos son necesarias subdivisiones similares, porque la materia de que se componen no es de densidad uniforme.

Hay todavía dos distinciones más que hacer. Las tres subdivisiones densas del mundo físico —sólidos, líquidos y gases— constituyen lo que se llama la región química. La sustancia de esta región es la base de todas las formas densas.

El éter es también materia física. No es homogéneo, como dice la ciencia moderna, sino que existe en cuatro estados diferentes. Constituye el medio de acceso para el espíritu viviente, que imparte vitalidad a las formas de la región química. Las cuatro subdivisiones más sutiles o etéricas del mundo físico constituyen lo que se conoce como región etérica.

En el mundo del pensamiento, las tres subdivisiones superiores son las bases del pensamiento abstracto y en conjunto se denomina la región del pensamiento abstracto. Las cuatro subdivisiones más densas suministran la materia en la que se forman las ideas concretas y, por lo tanto, se denominan como región del pensamiento concreto.

El estudio cuidadoso que el ocultista presta a las características del mundo físico podría parecer superfluo si no mirara todas las cosas desde un punto de vista muy diferente al del materialista. El último solo reconoce tres estados de materia: sólido, líquido y gaseoso. Estos estados de materia son todos químicos porque derivan de los componentes de la Tierra. De esta materia química se han formado todos los cuerpos y formas, minerales, vegetales y animales, y, por lo tanto, esos cuerpos son tan químicos como las sustancias que comúnmente se denominan así. Ya sea que consideremos la montaña o la nube que corona su cima, la savia de la planta o la sangre del animal, la telaraña, el ala de la mariposa o los huesos del elefante, el aire que respiramos o el agua que bebemos, todo está compuesto de las mismas sustancias químicas.

¿Qué es, pues, lo que determina la conformación de esta sustancia básica en las múltiples variedades de cuerpos y formas que vemos en torno nuestro?

Es el Espíritu Uno, universal, expresándose a Sí mismo, en el mundo invisible, como cuatro grandes corrientes de vida en varios grados de desarrollo. El cuádruple impulso espiritual moldea la materia química de la Tierra en la variedad de formas de los cuatro reinos: mineral, vegetal, animal y humano. Cuando una forma o cuerpo ha llenado su propósito como vehículo de expresión para las tres corrientes superiores de vida, las fuerzas químicas desintegran esa forma, de manera que la materia pueda volver a su estado primordial, haciéndose así apta para la formación de nuevos cuerpos. El espíritu o vida que moldea la forma como medio de expresión es, por lo tanto, tan extraño al material que usa como lo es el carpintero de la casa que construye para ocuparla.

Así como todas las formas minerales, vegetales, animales y humanas son químicas, estas deben ser, lógicamente, tan muertas y desprovistas de percepción como lo es la materia química en su estado primitivo, y los rosacruces afirman que en efecto es así.

Algunos hombres de ciencia dicen que hay percepción en todo tejido, muerto o vivo, perteneciente a cualquiera de los cuatro reinos. Incluyen en ello las sustancias ordinariamente clasificadas como minerales en su categoría, como objetos capaces de percepción, y para probar esta afirmación exponen figuras con curvas de energía que han obtenido en sus experimentos. Otros investigadores dicen que no hay tal percepción, ni aún en el cuerpo humano, salvo en el cerebro, que es el asiento de la percepción. Afirman que es el cerebro y no el dedo el que sufre cuando este último es herido. Los hombres de ciencia están, pues, divididos contra sí mismos, en este como en otros puntos. La afirmación de cada contendiente es parcialmente cierta. Depende de lo que se entienda por percepción o sentimiento. Si damos con ello una simple respuesta a los choques o impactos, tales como el rebote de una pelota de goma arrojada contra el suelo, es correcto, por supuesto, el atribuir tal percepción o sentimiento al mineral, a la planta y a los tejidos animales; pero si queremos indicar placer y dolor, amor y odio, alegría y tristeza, sería absurdo atribuir tales cosas a las formas inferiores de la vida, a un tejido orgánico suelto, a los minerales en estado nativo o al cerebro, porque tales sentimientos son expresiones del espíritu inmortal consciente de sí mismo, y el cerebro es únicamente el teclado del magnífico instrumento en el cual toca el espíritu humano la hermosa y admirable sinfonía de la vida, de la misma manera que el músico se expresa en su violín.

Así como hay personas que son incapaces de comprender que deben existir mundos superiores, así también hay otras que habiéndose relacionado ligeramente con los reinos superiores adquieren el hábito de menospreciar este mundo físico. Tal actitud es tan errónea como la del materialista. Los grandes y sabios seres que ejecutan la voluntad y el designio de Dios nos colocaron en este mundo físico para que aprendiéramos grandes e importantísimas lecciones que no pueden aprenderse bajo otras condiciones, y es deber nuestro el emplear todo lo que conocemos de los mundos superiores para aprender lo mejor posible las lecciones que este mundo material puede enseñarnos.

En un sentido, el mundo físico es una especie de escuela modelo o un laboratorio de experimentación para enseñarnos a trabajar correctamente en los otros, conozcamos o no su existencia, lo que prueba la gran sabiduría de los creadores de ese plan. Si no conociéramos más que los mundos superiores, cometeríamos muchos errores que solo se harían patentes cuando las condiciones físicas se manifestaran ante nuestros ojos. Para ilustrar esto, imaginemos el caso de un inventor pensando en una nueva máquina. Primero la construye mentalmente, y la ve completa en su imaginación, realizando perfectamente el trabajo para el que está destinada. Luego la dibuja, y al hacerlo quizá encuentre que es necesario modificar algo. Cuando después de dibujarla ha quedado satisfecho y cree que su idea es viable, procede a construir su máquina con los materiales apropiados.

Es casi seguro que habrá necesidad de nuevas modificaciones antes de que la máquina pueda realizar el trabajo requerido. Puede hasta ser necesario variarla totalmente, o comprobarse que en su forma actual es completamente inútil; y entonces habría necesidad de hacer otros planos nuevos y mejores. Pero nótese esto, porque aquí está lo importante: el nuevo plan se hará para eliminar los defectos de la máquina inútil primitiva. Si no se hubiera construido una máquina material que hiciera evidentes los defectos de la ideación o concepción mental, la segunda idea apropiada no se habría conocido.

Esto se aplica igualmente a todas las condiciones de la vida, ya sean sociales, mercantiles o filantrópicas. Muchos proyectos parecen excelentes a los que los conciben, y muchos siguen pareciendo buenos después de llevarlos al papel, pero cuando se experimentan en el terreno de la práctica, también son muchos los que fracasan. Esto, sin embargo, no debe desanimarnos. Es muy

cierto que «nosotros aprendemos más de nuestros errores que de nuestros éxitos», y la verdadera luz a través de la cual debemos contemplar el mundo físico es considerarlo como una valiosa escuela experimental en la que aprendemos lecciones de la mayor importancia.

LA REGIÓN ETÉRICA DEL MUNDO FÍSICO

Tan pronto como entramos en este reino de la Naturaleza, nos encontramos en el mundo invisible e intangible, donde ya no sirven nuestros sentidos ordinarios y, por consiguiente, esta parte del mundo físico está prácticamente inexplorada por la ciencia material.

El aire es invisible, pero la ciencia sabe que existe. Por medio de instrumentos apropiados puede medirse la velocidad del viento; por la compresión, el aire puede hacerse visible bajo la forma de aire líquido. Sin embargo, ya no es tan fácil hacer algo semejante con el éter. La ciencia material sabe que es necesario para la transmisión de la energía eléctrica con conductores o sin ellos. Se ve obligada así a emitir como postulado la existencia de alguna sustancia más sutil que cualquier otra más sutil que conozca, a la que llama «éter». Pero no sabe realmente que el éter existe, porque la ingenuidad de los científicos no ha encontrado aún recipiente alguno en el cual se pueda confinar esa sustancia; sustancia que, por otra parte, es demasiado inestable para el análisis del zahorí² de laboratorio. No puede medirlo, pesarlo ni analizarlo con los aparatos que actualmente tiene a su disposición.

Ciertamente, los medios de la ciencia moderna son maravillosos. Pero la mejor manera de aprender a conocer los secretos de la Naturaleza no es el inventar instrumentos, sino desarrollar al investigador mismo. El hombre tiene dentro de sí mismo facultades que eliminan la distancia y abarcan un radio de acción muchísimo mayor que el poderoso telescopio o microscopio. Esos sentidos o facultades son los medios de investigación que emplean los ocultistas. Es, por así decirlo, el «ábrete sésamo» para los buscadores de la Verdad.

Para el clarividente ejercitado, el éter es tan tangible como los sólidos, líquidos y gases de la región química lo son para el hombre corriente. Aquel

2 Zahorí: [fig.] Persona perspicaz y escudriñadora, o aquel a quien el vulgo atribuye la facultad de ver lo oculto.

ve que las fuerzas vitales que prestan vida a las formas minerales, vegetales, animales y humanas fluyen en ellas por medio de los cuatro estados de la materia etérica. Los nombres y funciones específicas de esos cuatro éteres son los siguientes:

1. Éter químico. Este es, a la vez, positivo y negativo en sus manifestaciones. Las fuerzas que producen la asimilación y excreción trabajan por medio de esta clase de éter. La asimilación es el proceso por el cual los diferentes elementos nutritivos del alimento se incorporan al cuerpo de la planta, del animal o del hombre. Esta operación se produce por intermedio de fuerzas de las que hablaremos más adelante. Trabajan sobre el polo positivo del éter químico y atraen los elementos necesarios, modelándolos en formas apropiadas. Estas fuerzas no obran de manera ciega o mecánica, sino en forma selectiva (muy conocida de los hombres de ciencia por sus efectos), realizando así su propósito, el cual es el crecimiento y mantenimiento del cuerpo.

La excreción se efectúa por las fuerzas de la misma índole, pero que obran sobre el polo negativo del éter químico. Por medio de este polo expelen del cuerpo los materiales que encierra el alimento y que no servirán para el uso de aquel, o bien se expelen los que ya han prestado toda su utilidad posible y que, por lo tanto, deben expurgarse del sistema. Estos procesos, como todos los que son independientes de la voluntad, son sabios, selectivos y no mecánicos meramente en su operación, como se puede ver, por ejemplo, en la acción de los riñones, a través de los cuales solo se filtra la orina cuando los órganos gozan de plena salud, pero se sabe que cuando esos órganos no están sanos, la albúmina se escapa junto con la orina, de manera que no hay selección debido a esa condición de anormalidad.

2. Éter de vida. Así como el éter químico es el conductor o medio de operación de las fuerzas que tienen por objeto el mantenimiento de la forma individual, así también el éter de vida es el conductor o agente de operación de las fuerzas que tienen por objeto el mantenimiento de la especie, la fuerza de propagación.

Como el éter químico, el éter de vida tiene sus polos positivo y negativo. Las fuerzas que trabajan sobre el polo positivo son las que actúan sobre la hembra durante el período de gestación, capacitándola

así para el trabajo positivo y activo de crear un nuevo ser. Por otro lado, las fuerzas que trabajan sobre el polo negativo del éter de vida capacitan al macho para producir el semen.

En la operación de la impregnación del óvulo del animal y del hombre o sobre la simiente de la planta, las fuerzas que laboran sobre el polo positivo del éter de vida producen plantas, animales y seres machos, mientras que las fuerzas que se expresan sobre el polo negativo generan hembras.

3. Éter luminoso. Este éter es también positivo y negativo. Las fuerzas que obran sobre su polo positivo son las que generan ese calor de la sangre de los animales superiores y del hombre, las que los convierten en fuentes individuales de calor. Las fuerzas que obran sobre el polo negativo del éter luminoso son las que operan a través de los sentidos, manifestándose como funciones pasivas de vista, oído, tacto, olfato y gusto. También son las que construyen y nutren los ojos.

En los animales de sangre fría, el polo positivo del éter luminoso es el conductor de las fuerzas que hacen circular la sangre, mientras que las fuerzas negativas tienen la misma función respecto a los ojos, como en el caso de los animales superiores o del hombre. Cuando los ojos no existen, las fuerzas que trabajan sobre el polo negativo del éter luminoso construyen o nutren otros órganos de sensación.

En las plantas, las fuerzas que trabajan sobre el polo positivo del éter luminoso producen la circulación de los jugos vegetales. En invierno, cuando el éter luminoso no está cargado de luz solar como en verano, la savia deja de fluir hasta el estío,³ en que el sol vuelve de nuevo a cargarlo de fuerza. Las fuerzas que trabajan sobre el polo negativo del éter luminoso depositan la clorofila —la sustancia verde de las plantas— y también los colores de las flores. En una palabra, todos los colores, en cualquier reino de la Naturaleza, se depositan mediante la acción del polo negativo del éter luminoso. Por lo tanto, los animales tienen el color más marcado en la espalda y las flores en el lado que mira al sol o a la luz. En las regiones polares de la Tierra donde los rayos del sol son débiles, todos los colores son débiles también, y

³ Estío: estación del año que astronómicamente principia en el solsticio de verano y termina en el equinoccio de otoño.

en algunos casos están tan superficialmente depositados, que en invierno desaparecen y los animales se ponen blancos, como sucede, por ejemplo, con el armiño.

4. Éter reflector. Indicamos anteriormente que la imagen mental de una casa generada por la mente del arquitecto puede ser recobrada tomándola de la memoria de la Naturaleza, aún después de muerto el arquitecto. Todo acontecimiento deja tras de sí un recuerdo indeleble en ese éter reflector. Así como los seres gigantescos de la infancia de la Tierra dejaron huellas en el carbón petrificado o así como la marcha de un alud de nieve puede señalarse por los trazos que deja sobre las rocas, así también los pensamientos y todos los actos de los hombres dejan un recuerdo indeleble en la memoria de la Naturaleza y en el éter reflector, donde el vidente ejercitado puede leer su historia con una facilidad proporcional a su capacidad y ejercitamiento.

El éter reflector tiene este nombre por más de una razón, porque los recuerdos o imágenes que hay en él no son sino reflejos de la memoria de la Naturaleza. La memoria real de la Naturaleza se encuentra en un reino mucho más elevado. Ningún clarividente desarrollado se pone a contemplar ese éter, porque las imágenes y recuerdos de él son borrosos y vagos comparados con los que se encuentran en el reino superior. Los que leen en este éter son aquellos que no tienen elección, quienes en realidad no saben lo que están leyendo o viendo. Por regla general, los psicómetras y los médiums obtienen sus informaciones de este éter. En determinado grado, el alumno de las escuelas ocultistas, en sus primeros pasos de desenvolvimiento, observa también este éter reflector, pero su instructor le advierte siempre la insuficiencia de este éter como medio para adquirir informaciones directas y ciertas, a fin de que no se aventure a emitir conclusiones erróneas.

Este éter es también el agente por el cual el pensamiento impresionado el cerebro humano. Está íntimamente ligado con la cuarta subdivisión del mundo del pensamiento, que es la más elevada de las cuatro subdivisiones contenidas en la región del pensamiento concreto y la patria de la mente humana. Allí se encuentra una visión mucho más clara de la memoria de la Naturaleza, que la que existe en el éter reflector.